

Que nunca más haya un desaparecido sobre la Tierra

Por ROSARIO IBARRA

ERAN las once de la mañana del día 10 de diciembre de 1977. Cautelosas llegamos a la columna a la Independencia... dos por un costado, tres por otro, una por el frente, dos más por la parte posterior y al poco rato ya habíamos llenado las escalinatas y varios jóvenes solidarios nos ayudaban a transportar una enorme ofrenda floral y dos mantas de grandes proporciones en las que podía leerse Amnistía general y libertad a todos los presos y desaparecidos políticos.

Eramos, claro está, las madres y los familiares de ellos, de los presos y de los desaparecidos que nos adelantábamos a las ceremonias oficiales (de allí nuestra cautela), ya que el Gobierno —y algunas otras organizaciones— demagogia más, demagogia menos, irían a montar guardias y a dejar flores a ese lugar, con motivo del aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Pero como ya dije, llegamos antes y el lugar fue nuestro. Era ese uno de los primeros actos a los que asistían delegados de toda la República y todos traían acuerdo de sus lugares de origen de seguir impulsando con más fuerza la campaña nacional por la amnistía, por la libertad incondicional para nuestros seres queridos, que desde agosto habíamos aprobado.

Las "doñas" estaban radiantes de felicidad, la esperanza transfiguraba sus rostros; el sentirse parte de la lucha encendía sus ajadas mejillas y aceleraba el ritmo de sus corazones. Con agilidad inusitada bajaban a re-

partir volantes entre los coches y subían cuando su dotación se agotaba a recoger más del saco ventruado que celosamente escondían de la mirada torva de la Policía, que desde hacía ya buen rato, rondaba por los alrededores, con la aviesa intención de echarnos.

Cuán lejos estaban muchas de ellas de pensar que la lucha sería tan larga y difícil, tan llena de tropiezos y de amarguras, pero también tan rica en logros y en experiencia. Aquella mañana llena de sol, el sueño de libertad de muchos compañeros empezaba a transformarse en realidad bajo el conjuro de aquellas mujeres decididas, para las que su lucha no podría detenerse ya.

Dos años después de ese día, el 10 de diciembre de 1979, esas mismas mujeres y muchísimos compañeros más, marchamos por las calles de la capital en una gran manifestación, en un acto unitario lleno de fuerza y de combatividad, que servía de marco para el nacimiento del Frente Nacional contra la Represión. Sí, dos días después, el 12 de diciembre nació el FNCR y con él crecieron los caminos de la lucha por la libertad y por la justicia.

A pocos días de la formación del Frente, varios desaparecidos fueron liberados y sus relatos —aunque empapados del recuerdo triste de la tortura y de la prisión clandestina— avivaron la llama votiva de todos los que esperamos el regreso de los nuestros y en los ojos de los compañeros liberados, vimos asomarse las

miradas distantes de nuestros hijos, compañeros y hermanos.

Hoy, 10 de diciembre de 1985, seguimos luchando por la libertad de presos y desaparecidos. Muchos han abandonado ya las cárceles, cientos han llegado a sus hogares, pero muchos continúan presos y nuevas remesas de campesinos pobres y de indígenas que luchan por la tierra han sido llevadas a engrosar las listas de la injusticia.

Hoy, 10 de diciembre de 1985, la tenacidad de aquellas mujeres ha crecido, su decisión se ha hecho inquebrantable y la solidaridad se ha vuelto gigante ola que cubre a la América entera. Hoy, las "doñas" de México, las "madres enlutadas", las hermanas de Guatemala, las de El Salvador, las de todas las doloridas repúblicas centroamericanas y las luchadoras inigualables del cono sur, juntas llevaremos a todos los parlamentos del mundo un proyecto de Convención Internacional Contra el Desaparecimiento Forzado que ya hemos entregado en las Naciones Unidas para su aprobación, porque es preciso que nunca más haya un desaparecido sobre la Tierra, porque es necesario que esa forma degradante y oprobiosa de encarcelamiento sea la única desaparecida del mundo. Este 10 de diciembre renovamos nuestro compromiso de seguir firmes, fuertes e indoblegables, con la convicción profunda de que será la lucha de los pueblos el medio para erradicar la barbarie.